

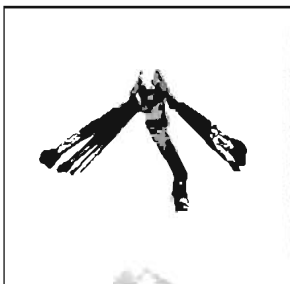
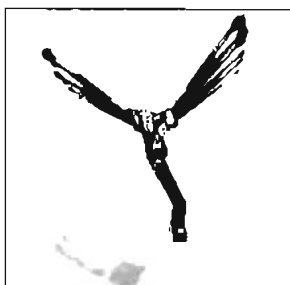
El 26 de octubre del año pasado, el público de este país hubiera podido saludar el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de

Evariste Galois. Escribo *hubiera podido saludar*, porque nadie ha soñado con recor-

darlo. El silencio una vez más, ha acompañado a la memoria de este joven hombre, quien es en la historia de la ciencia el ejemplo del genio más puro. Sin embargo, en Bourg-la-Reine, en el número 54 de la Grand-Rue, el paseante puede leer sobre una placa de mármol esta frase que he copiado: "Aquí nació Evariste Galois, ilustre matemático francés, muerto a los veinte años, 1811-1832". Es todo. Se puede pensar que es poco. Por otra parte, este signo de la inmortalidad, verdaderamente modesto, es un tardío homenaje, dado que esta placa fue colocada en la casa natal de Evariste Galois el 13 de enero de 1909, en presencia del señor Gastón Darboux, entonces secretario perpetuo de la Academia de Ciencias: es decir un siglo, o casi, después de la muerte de aquel que, a los veinte años, precedió a los matemáticos —a aquellos de ayer como a los de ahora— en la imaginación de las matemáticas modernas. La frase que acabo de citar no revela, por lo demás, las causas de esta muerte, que fue la consecuencia de un duelo, unos días más tarde de que Evariste Galois saliera de la prisión de Sainte-Pélagie. Porque a sus memorables descubrimientos, el joven sabio agrega el privilegio de haber estado prisionero en dos ocasiones en razón de su actividad política. Galois debe el

André Dalmás

Evariste GALOIS





Evariste Galois (1811-1832).

beneficio de este privilegio al gobierno de Luis Felipe y, más particularmente, a Victor Cousin de quien los biógrafos olvidan siempre recordar este rasgo de carácter. Mencionaremos en primer lugar que la muerte de Galois retrasó cerca de un siglo el progreso de la ciencia matemática.

Tan breve existencia está hecha de sucesos que excitan la curiosidad e impresionan a la imaginación. Tragedia también, que lleva en sí la prueba de la estupidez universal, porque nadie pudo (o no quiso) ver aquello que debió maravillar los ojos de los mejores, si no los de todos. Aquellos que hoy conocen el nombre de Evariste Galois no ignoran, en general, las vicisitudes de su vida. Algunos recuerdan, no sin complacencia por lo novelesco, el último acto, cuando Evariste Galois durante la noche que precedió al duelo, es decir su muerte, volvió a leer, para corregir, la más célebre de sus memorias matemáticas. Si resulta fácil describir los episodios de esta vida, es razonable —e indispensable— subrayar que el destino del geómetra (para retomar el nombre que se daba entonces a los matemáticos) es un destino dirigido. Los descubrimientos, los fracasos, las contrariedades, no fueron efecto del azar. Evariste Galois

no fue un genio precoz, extraviado y rápidamente perdido en la "resistencia" de la lucha política. No podemos separar —y por mi parte siempre me he negado a hacerlo— la actividad del sabio y la del republicano. Ambas llevan la marca de una inteligencia cuya acción fue siempre tan repentina como la de la pólvora.

Thomas Galois, el padre de este joven, dirigía en Bourg-la-Reine una institución libre de enseñanza secundaria. Durante los Cien Días, sus

conciudadanos lo habían escogido para ser prefecto de la comuna. Su popularidad era tan grande que el ministro del Interior de la Restauración decidió mantenerlo en ese puesto de primer magistrado principal. Thomas Galois era en política un liberal, del partido que sostenía a la gran burguesía de los negocios, la que tenía el poder real en Francia, después de la revolución. Aunque existió, bajo Carlos X, un gobierno oculto al lado del gobierno legal, el del rey. La revolución de 1830 no es otra cosa que la instalación, en el ministerio, de representantes del partido liberal. Si recuerdo aquí la fuerza del partido liberal, será para agregar inmediatamente que una pequeña fracción de la burguesía se había separado de los liberales para formar el partido republicano, aquel de la Sociedad de los Amigos del Pueblo, partido de oposición al cual perteneció inmediatamente el muy joven Galois. Descubrimos así la marca de su primera virtud, la audacia, que es también el signo de su genio matemático.

Evariste Galois hizo sus estudios en el Colegio Real Louis-le-Grand, actualmente liceo. Hacer sus estudios significaba entonces hacer sus humanidades. Fue buen estudiante, e incluso obtuvo un premio se-

cundario en el concurso general de versión griega en la clase de segundo. Esto no le impidió descubrir las matemáticas de una manera inesperada, al menos para nosotros, dado que los estudiantes de entonces no podían sino seguir los cursos complementarios llamados de "matemáticas preparatorias". El acercamiento de Evariste Galois es excepcional por la velocidad y por la elección. Desde el principio, eliminó los manuales escolares en los que el arte de abusar de las palabras está por encima del arte de razonar. En algunas semanas, a los quince años, leyó los *Elementos de Geometría* de Legendre, y luego los trabajos del analista Lagrange. Ni la curiosidad del espíritu ni la avidez de saber explican la selección de esas obras. La muestra de genio consiste en haber visto que esos libros eran, en primer lugar, obras. Evariste Galois recibió de Legendre y de Lagrange el conocimiento de una lengua bien realizada o, lo que es lo mismo, la práctica del arte del razonamiento.

El año siguiente (estamos en 1827), Evariste Galois toma clases de retórica. Ha leído las obras de Euler, luego las de Gauss y las de Jacobi. Se ha convertido en un igual de sus maestros. Al fin del año escolar se presenta solo y sin haber seguido ninguna preparación particular, al concurso para entrar a la Escuela Politécnica. Fracasa. No haciendo caso del tropiezo y saltando la clase de matemáticas elementales, Evariste Galois entra en el mes de octubre de 1828 en la clase de matemáticas especiales del Colegio Real Louis-le-Grand. Ése será el único año apacible de su vida.

Debo aquí abrir un paréntesis para decir algunas palabras del único contemporáneo de Evariste Galois que lo colocó en su verdadero lugar, el primero. Se trata de Richard, el maestro de Galois en la clase de

matemáticas especiales del Louis-le Grand. De treinta y tres años en aquel entonces, profesor desde 1821, Richard ha formado numerosas generaciones de politécnicos. Entre ellos: Urbain le-Verrier, el astrónomo, primer titular de la cátedra de mecánica celeste en la Sorbona, y Charles Hermite, el poderoso analista. Por otra parte, es a Hermite a quien Richard confía las copias de Galois que ahora forman parte del fondo de la biblioteca del Instituto de Francia.

El maestro y el alumno tenían el mismo gusto por la elegancia del lenguaje matemático y Richard, sentado entre los compañeros de clase de Galois, escuchaba las demostraciones de éste, a quien consideraba siempre como el más ilustrado de sus alumnos. Richard ha dejado notas que subrayan a la vez la perspicacia del profesor y la fuerza del discípulo: "Este alumno sólo trabaja con las partes superiores de las matemáticas" y: "Este alumno tiene una marcada superioridad sobre sus condiscípulos". A partir de 1828, cuando Galois tenía diecisiete años, Richard favoreció la publicación de sus primeros trabajos en los *Annales de matemáticas*. Además, anima a Galois a presentar una memoria en el examen de la Academia de Ciencias. Esto se hizo el 10 de junio de 1829, cuando la Academia encargó a Poincaré y a Cauchy el estudio de esa memoria. Cauchy no pudo escribir nunca el reporte solicitado por la Academia porque perdió el manuscrito de Galois de la misma manera en que ya había extraviado la memoria de otro joven matemático, Abel.

El resultado de ese año de estudios fue un nuevo fracaso para Galois en el concurso de ingreso a la Escuela Politécnica. Si el revés provocó la estupefacción del profesor al mismo tiempo que la correspondiente de los alumnos, su gravedad no pudo desde entonces escapar a nadie. Fue ne-

cesario explicarlo pero, cuando se quiso hacerlo, el genio de Galois ya no era ignorado. Entonces, la explicación no podía permitir ni suponer una irregularidad administrativa, ni sobre todo creer en un error de apreciación por parte de los examinadores. Lo mejor era hacer de Galois el único responsable de su infortunio. Unos dicen que el candidato, exasperado por una discusión, lanzó el trapo para borrar el gis de la pizarra a la cabeza de un examinador. Los otros, con más sobriedad, pretenden que Galois se negó a responder una pregunta juzgada por él ridícula, sobre la teoría aritmética de los logaritmos. No sabremos probablemente nunca la razón de esta contrariedad porque la Escuela Politécnica no conserva las notas de los candidatos excluidos, y Galois es, para la misma, de la manera más simple del mundo, un candidato eliminado. Uno de sus camaradas escribió: "Después de los trabajos que ya había realizado, le era permisible creer en una segura admisión; que se juzgue lo que debía de experimentar; él permaneció paciente y tranquilo en su dolor". Pido al lector retener esas palabras: paciente y tranquilo en su dolor.

Richard aconsejó entonces a Galois, que acababa de perder a su padre, seguir los cursos de la Escuela Normal Superior en donde podía ser admitido. Galois aceptó gustoso ese consejo e ingresó a la Escuela el 25 de octubre de 1829. Es inútil hojear el anuario de la Escuela para buscar en él el nombre de Evariste Galois: ese nombre no figura en la lista de ninguna de las promociones normalistas. Fue, en efecto, excluido de la Escuela Normal un año más tarde, por decisión del Consejo Real de Instrucción Pública, de fecha 8 de enero de 1831. Se posee el manuscrito del acuerdo, redactado por el propio Victor Cousin.

¿Por qué esta exclusión que, dicho sea

de paso, deshonra a aquellos que la propusieron? Fue la conclusión del diferendo que, desde su entrada en la Escuela, opuso a Galois con el director de la Escuela Normal. La más "natural", la más tranquilizante también de las explicaciones que se han dado de este increíble acto, es la de ver la causa en el carácter indomable de ese joven de dieciocho años. Sea, pero hay que agregar que la talla de los adversarios no era comparable. De un lado, los devotos del poder, del otro, un sabio cuyos trabajos marcarán en el desarrollo de las matemáticas el fin de la prehistoria y el inicio de los tiempos modernos. ¿Qué espíritu esclarecido no admitirá ahora, que Evariste Galois haya deseado criticar la distribución de la enseñanza superior tal y como se aplicaba entonces a los estudiantes de la Escuela Normal? ¿Qué hombre honesto no admiraría su coraje para denunciar la versatilidad de esos funcionarios que, incluso ayer, exaltaban el poder de Carlos X y la bandera de la flor de lis, y quienes, después de julio de 1830, saludaban el advenimiento del liberalismo de Luis Felipe, poniendo al mismo tiempo en su sombrero una escarapela tricolor? Coraje, por supuesto, y perspicacia también de haber medido, tan joven, la engañifa que había acompañado la toma del poder. En todo caso, el director de la Escuela Normal tomó el pretexto de una carta abierta (firmada: un alumno de la Escuela Normal) para exigir el despido de Galois. Lo menos que se puede decir es que sus camaradas lo defendieron con libeiza —eso cuando ellos mismos no lo agobiaban.

Sin embargo esa suerte desgraciada no lo abatió. Algunos días después de la publicación del acuerdo que he recordado antes, el 19 de enero de 1831 exactamente, la *Gaceta de las escuelas* publicó esta extraordinaria información:

Jueves 18 de enero: Galois abre un curso público de álgebra superior en la librería Caillot, calle de la Sorbona No. 5. Este curso tendrá lugar todos los días a la una y cuarto; está dirigido a los jóvenes que sintiendo lo incompleto que es el estudio del álgebra en los colegios, desean profundizar en esta ciencia. El curso se compone de teorías, algunas de las cuales son nuevas y jamás se han expuesto en cursos públicos. Nos contentaremos con citar una nueva teoría de los imaginarios, la teoría de las ecuaciones que son solubles por medio de radicales, la teoría de los números y las funciones elípticas tratadas por el álgebra pura.

El curso inició en la fecha indicada frente a una treintena de oyentes. La historia de la ciencia no señala ninguna otra tentativa de ese género: la de un joven sabio (de diecinueve años) que decide, para hacerse escuchar –y para vivir– exponer al público sus ideas nuevas y audaces.

En la misma época, al principio de 1831, Galois fue admitido entre los miembros de la Sociedad de Amigos del Pueblo, de la cual nació el partido republicano, primer partido de oposición a la política del gobierno de Luis Felipe. Godefroy Cavaignac, Hubert, Raspail y Marrast eran los primeros animadores. Hoy diríamos que ése era un partido progresista. Sin duda, puesto que el censo electoral existía entonces, y el deseo de esos republicanos era el de la igualdad de todos los ciudadanos frente a la ley. Pero ese partido era en primer lugar el partido "del bien público", lo que para Galois era una de las primeras preocupaciones.

Desde entonces Galois estará presente en todo lugar en donde el partido repu-

blicano lo llame. Se lo ve en público por primera vez en ocasión del proceso de los artilleros de la Guardia Nacional que comenzó en los primeros días del mes de abril de 1831. Dieciséis de los diecinueve jóvenes republicanos arrestados en diciembre (por haberse negado a dejarse desarmar cuando el gobierno decidió la disolución de esta guardia cívica), comparecieron frente a la Corte de la Audiencia del Sena. Fueron absueltos. La misma noche, numerosas casas se encontraban iluminadas en todas las calles de París. Para darle al suceso el brillo que merecía, la Sociedad de los Amigos del Pueblo organizó el 9 de mayo un banquete en los salones del restaurante *Aux Vendanges* de Bourgogne, en el *faubourg* del Templo. Doscientos patriotas, y entre ellos Evariste Galois, fueron invitados. Alejandro Dumas se encontraba situado en la mesa de honor. Al final de la comida, un joven ciudadano improvisa un brindis, muy corto, de tres palabras: "Por Luis Felipe". Con una mano levantaba su vaso; con la otra sostenía un cuchillo. Galois era ese joven ciudadano. Fue arrestado la mañana siguiente en casa de su madre. Luego de una detención preventiva de un mes, compareció, el 15 de junio, frente a la corte de la Audiencia. Galois era acusado de provocar un atentado contra la vida y la persona del rey "sin que la señalada provocación haya tenido resultados".

El *Diario de debates* del 16 de junio publicó el informe de la audiencia del proceso. Lamento no poder reproducir aquí ese documento, uno de los que mejor informa sobre la persona de Evariste Galois. Al leerlo, el lector imagina a ese joven hombre delgado en medio de la Corte de la sala de audiencias. Pleno de vivacidad y también de nobleza. Uno cree escuchar las tan breves respuestas que hace a las preguntas

del presidente de la Corte. De tanto en tanto, una frase de un tono encendido corta la ironía del acusado. Nada se le escapa. Es diestro. En el terreno de la política, frente a los jueces populares, sólo utiliza argumentos de la política. Calla su calidad de matemático. Apenas señala, en el transcurso del interrogatorio relativo a la identidad, que es "maestro particular de matemáticas". La Corte decide un veredicto de absolución. Galois estaba libre: últimos días de libertad dado que ésta no durará ni un mes.

Porque el último acto comienza en seguida y precede al desenlace fatal. La sucesión de acontecimientos es ahora rápida. Cada quien da su golpe. El 11 de julio de 1831, Galois se entera de que la Academia de Ciencias, en relación al reporte de los matemáticos Lacroix y Poisson, no otorga su aprobación a las conclusiones de la segunda memoria sometida al examen de la misma Academia. Lamentablemente, es en esa memoria donde Galois descubre los métodos que provocan hoy la admiración de los sabios del mundo entero. El 14 de julio, Galois es arrestado en el Pont-Neuf, al mismo tiempo que su camarada Duchatelet. Ambos conducían un cortejo de seiscientas personas para encontrar a los republicanos (fueron más de cien mil), que habían decidido conmemorar la toma de la Bastilla plantando un árbol de la libertad.

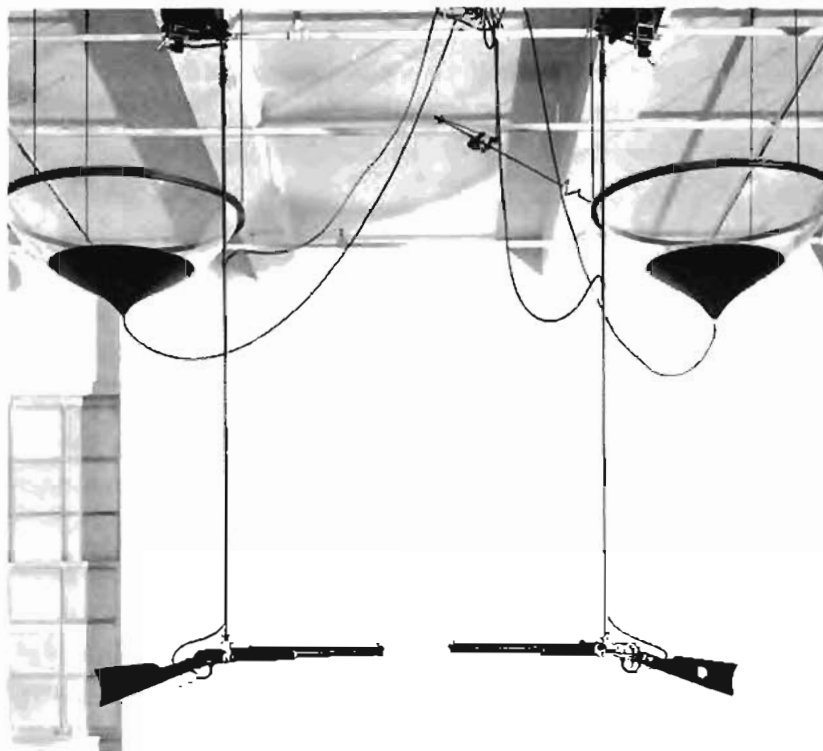
Aunque prohibida por el gobierno, la manifestación duró toda la jornada. Inicialmente encerrados en el cuarto de seguridad del comisariado de la calle Dauphine, Galois y Duchatelet fueron encarcelados al anochecer en la prisión de Sainte-Pélagie. Los diarios del día siguiente citan los nombres de los principales patriotas arrestados: el general Dabourg, el general Dufour, el "joven" Galois... Juzgado esta vez por el Tribunal Correccional, Galois estuvo dete-

nido en Sainte-Pélagie desde el 14 de julio de 1831 hasta el 16 de marzo de 1832. Fue en prisión que celebró su último aniversario, el de sus veinte años de edad.

Sainte-Pélagie no era solamente el lugar de detención de los prisioneros políticos. Ahí se albergaba también a los detenidos del derecho común y a los prisioneros por deudas. Para un ser frágil y constantemente absorbido por sus reflexiones, Sainte-Pélagie no era evidentemente un lugar de recogimiento. Sin embargo Galois continuó trabajando durante su detención. Entre los papeles recogidos después de su muerte, se encuentran dos textos escritos en Sainte-Pélagie que servirán como prefacios a dos obras que Evariste Galois deseaba dar a conocer luego de su liberación. Pero el más delicado de los testimonios que tenemos sobre la existencia de Evariste Galois en Sainte-Pélagie, es el de Gérard de Nerval, quien, detenido en una redada a principios del mes de febrero de 1832, narra en *Mis prisiones* las circunstancias que rodearon su liberación.

Uno de los prisioneros me condujo hasta la puerta y me abrazó ahí, prometiendo que me visitaría una vez que saliera de prisión. Él tenía que cumplir todavía dos o tres meses de prisión. Era el desafortunado Galois, a quien no volví a ver.

El 16 de marzo, Galois, enfermo, fue sacado de la prisión y conducido a una casa de salud en el número 86 de la calle de la Oursine. El propietario del establecimiento era también el encargado de informar a la policía sobre la actividad de los pensionados alojados en su casa para ser atendidos. Galois permaneció en la calle de la Oursine hasta el día de su muerte, y fue en esa casa que encontró a la joven



mujer que sería la causa del duelo del 30 de mayo de 1832. Escribió entonces a uno de sus amigos que "agotó en un mes la más bella fuente de bienestar que exista en el hombre". Nada sabemos de esta joven, salvo que por mucho tiempo se sospechó que había sido un instrumento de la policía para abatir a Galois. Hoy se debería descartar esta hipótesis si, tal como creo, el adversario de Galois fue Duchalet, el camarada de armas, el camarada arrestado al mismo tiempo que él, el 14 de julio.

Nada es ahora más simple ni más conmovedor que describir las últimas horas de

Evariste Galois. Endeble, con miopía creciente, no dudaba sobre el resultado del combate. La víspera del duelo (el 29 de mayo de 1832) escribió tres cartas. La primera es dirigida "a todos los republicanos". La segunda, a dos de sus camaradas, y finalmente, la más importante de las tres, a su amigo Auguste Chevalier, quien será su ejecutor testamentario. Luego, durante la noche, Galois emprende la relectura de sus dos grandes memorias matemáticas para completarlas. Y, en una de ellas, que he tenido el privilegio de tener entre mis manos en la Biblioteca del Instituto de Fran-

cía, he podido leer estas palabras escritas al margen: "Falta algo para completar esta demostración. No tengo tiempo". No le quedaban a Galois sino algunas horas antes de ir al campo de honor.

El duelo tuvo lugar el 30 de mayo, al inicio de la mañana, en Gentilly, cerca del estanque de la Glacière. Una bala disparada a algunos metros, hiere mortalmente a Galois. Abandonado sobre el terreno, fue levantado algunas horas después por un campesino que lo transportó al hospital Cochin. Su hermano, Alfred Galois, lo asistió durante sus últimos instantes de vida: "No llores —le dijo Evariste Galois—, tengo necesidad de todo mi coraje para morir a los veinte años". Expiró el 31 de mayo a las diez de la mañana.

Las obras matemáticas de Evariste Galois fueron publicadas por primera ocasión en 1846, gracias a los cuidados del matemático francés Joseph Liouville. Esta obra constan de sesenta páginas en formato de un cuarto. Nunca tan pocas páginas dieron a un autor una influencia tan grande como la de Galois, y su divulgación condujo en las ciencias matemáticas una de las revo-

luciones menos previstas y más profundas que su historia haya registrado. Ahí un hombre muy joven describía el impactante descubrimiento que hasta ese entonces había escapado (que escapa aun ahora) a todos los analistas, sobre la noción de grupos, la cual se ha desarrollado hoy en todas las áreas de las matemáticas para convertirse en parte fundamental de esta ciencia.

Cada una de las memorias de Evariste Galois se presenta al lector como una continuación de desarrollos audaces, en el curso de los cuales el matemático no se detiene nunca en el resultado que acaba de obtener. Detrás de cada una de esas demostraciones, el lector presiente la existencia de una vasta teoría general que ordenaría la ciencia ya realizada, al mismo tiempo que permitiría su progreso. Eso que muchas decenas de años después de la muerte de Galois, el matemático alemán David Hilbert llamó el "establecimiento de un cierto armazón de conceptos". Cualquiera que sea el nombre que esta construcción llevará en el futuro, está destinada a cubrir la extensión del saber. Cada teoría particular, el álgebra, la geometría, la física matemática, estudiadas anteriormente en su autonomía, ya no es considerada, después de la publicación de los trabajos de Galois, más que como un caso particular en el que hay que dejar al especialista el cuidado del cálculo preciso, útil para su aplicación práctica.

El matemático ya no ejecuta los cálculos, se contenta con preverlos, según la misma expresión de Evariste Galois, quien escribió en el prefacio redactado en Sainte-Pélagie:

Creo que las simplificaciones producidas por la elegancia de los cálculos (simplificaciones intelectuales, se entiende, no existen las materiales) tienen su lími-

te; creo que llegará el momento en que las transformaciones algebraicas previstas por las especulaciones de los analistas ya no encontrarán, ni el tiempo ni el lugar para producirse; a tal punto, que será necesario contentarse con haberlas previsto (...) Saltar a pie juntillas sobre todos los cálculos; agrupar las operaciones; clasificarlas según sus dificultades y no según sus formas: tal es, en mi opinión, la misión de los futuros geómetras; tal es la vía en la que he entrado en la presente obra (...) Aquí, se hace el análisis del análisis; los cálculos más elevados (las funciones elípticas) son consideradas como casos particulares.

Tal es, a los veinte años, el lenguaje firme del genio.

Por más conmovedora que sea, por su brevedad, la decisiva intervención de Evariste Galois en el desarrollo de la ciencia, nadie tiene el derecho de disimular, por esta razón, a no ser por omisión, la parte que tomó en el combate por el bien público. El hombre honesto tiene, por otra parte, el deber de defender —y de exaltar— el recuerdo de esta acción política que le hizo perder la vida. Abandonado por todos, o casi todos, la víspera de su muerte, Evariste Galois no tenía ni siquiera la certeza de que sus trabajos, cuya fuerza conocía, serían publicados un día. La última carta que escribió, el 29 de mayo de 1832, termina con estas palabras: "Conserve mi recuerdo, puesto que la fortuna no me ha dado suficiente vida para que la patria sepa mi nombre". Pero he aquí que hecho está.

(Artículo tomado de la revista *Medecine de France*, número 135, París, 1962.)

Traducción de Ricardo Téllez-Girón



cartas de **EVARISTE GALOIS**

en la víspera de su muerte

Carta a todos los republicanos

Ruego a los patriotas, mis amigos, no reprocharme por no morir por el país sino por una causa distinta.
Muero víctima de una coqueta infame. Mi vida se apaga en un miserable chisme.
Oh ¡Por qué morir por tan poca cosa, morir por algo tan miserable!
Tomo al cielo por testigo de que es de manera forzada y obligada que he cedido a una provocación que había conjurado por todos los medios.
Me arrepiento de haber dicho una verdad funesta a hombres en tan poco estado de escucharla con sangre fría.
Pero en fin, dije la verdad. Llevo a la tumba una conciencia limpia de mentira, nítida de sangre patriota.
¡Adiós! Tenía mucha vida para el bien público.
Perdón a quienes me han malado, son de buena fe.

Evariste Galois

Carta a N.L. y a V.D

Mis buenos amigos,
Fui provocado por dos patriotas... me ha sido imposible negarme.
Les pido perdón por no haberlos advertido ni al uno ni al otro. Pero mis adversarios me habían requerido bajo palabra de honor no prevenir a ningún patriota.
La tarea de ustedes es bien simple: probar que me batí a pesar mío, es decir, después de haber agotado toda posibilidad de acuerdo, y señalar si soy capaz de mentir, incluso de mentir por un objeto tan pequeño como el que estaba en juego.
Guarden mi recuerdo, ya que la fortuna no me ha dado suficiente vida para que la patria sepa mi nombre.
Muero, su amigo.

Evariste Galois

Carta a Auguste Chevalier

Mi querido amigo,
He realizado el análisis de numerosos asuntos novedosos. Unos conciernen a la teoría de las ecuaciones; los otros, a las funciones integrales.
En la teoría de las ecuaciones he investigado en qué casos las ecuaciones eran resolubles por medio de radicales, lo que me ha dado la ocasión de profundizar esta teoría y de describir todas las transformaciones posibles sobre una ecuación, incluso cuando ella no es soluble por radicales.
Se podrán hacer con esto tres memorias.
La primera está escrita y, a pesar de lo que sobre ella ha dicho Poisson, la mantengo con las correcciones que he realizado (...)
Tú sabes, mi querido Auguste, que esos sujetos no son los únicos que he explorado. Mis principales meditaciones, desde hace tiempo, estaban dirigidas hacia la aplicación del análisis trascendente de la teoría de la ambigüedad. Se trataba de ver *a priori*, en una relación entre las cantidades o funciones trascendentes, qué intercambios se podían hacer, qué cantidades se podían sustituir a las cantidades dadas, sin que la relación pudiera dejar de tener lugar. Esto hace reconocer inmediatamente la imposibilidad de muchas expresiones que se podrían investigar. Pero no tengo tiempo, y mis ideas sobre este terreno que es inmenso, no están todavía bien desarrolladas.
Harás imprimir esta carta en la *Revue Encyclopédique*.
Con frecuencia durante mi vida me he atrevido a hacer proposiciones de las que no estaba suficientemente seguro; pero todo lo que he escrito ahí está en mi cabeza desde hace ya casi un año, y me interesa demasiado no equivocarme para que no se sospeche que enuncio teoremas de los cuales no tendría la demostración completa. Invitarás públicamente a Jacobi o Gauss a opinar no sobre la verdad, sino sobre la importancia de los teoremas.
Después de ello, habrá, espero, personas que encontrarán beneficio en descifrar todo ese atolladero.
Te abrazo efusivamente.

Evariste Galois

